

SEMANARIO DEL FARO.

REVISTA.

Lector, ¡cuán pronto pasan los momentos de la vida, los de la alegría y los de la felicidad!

¡Cuán pronto!

El tiempo lo devora todo, y si alguna vez encontramos a su paso flores y alegrías, esas flores se cambian en despojos y en triste realidad las alegrías.

De las funciones del Cristo no queda nada.

Su recuerdo lo borraron otros recuerdos, su novedad otras novedades, que la vida cuanto mas varia es, mas hermosa nos parece.

Ayer llenaban el corazon, estruendo, galas y alegría; hoy el silencio, la quietud, la calma, lo invaden todo.

¿Porqué tan pronto se cambian las decoraciones del mundo, del sentimiento y de la humanidad?

Frágiles y perecederos todos los resortes de la dicha, la insegura planta de los mortales se desliza continuamente en la sombra de lo desconocido; la criatura no es más que un aerólito cuya carrera se pierde en la insondable inmensidad social...

Si alguna vez las ráfagas candentes de una atmósfera cargada con los vapores del incienso y la adulacion se inflaman para iluminar el paso del amor sobre la tierra, otras cual negra tumba, todo lo ocultan y lo empañan todo...

Dichosos aquellos que ven reverberar en los cielos, el reflejo de su pasión.

Dichosos.

Yo no sé quienes ni cuantos han soñado que en el Campo, y a los acordes de la música, su espíritu volaba a través de un espacio lleno de luz, pero lo que si puedo asegurar, es que, antes del nuevo día, densas tinieblas envolvían otra vez su pensamiento y su corazon.

Mas dejo ya lo que pertenece a la historia inédita de los que se han aprovechado de los festejos del aniversario de la capitulación de los franceses en esta plaza, para entrar ellos en otras negociaciones de paz más halagüeñas, bajo el punto de vista, que el amor es el *egoísmo de dos*.

Dejadles pasar, que confundidas sus almas van prendidas en el éter de los cielos, siempre vogando en un espacio azul é infinito, sin mas escollos que los celos, ni otro gaviilan que el interés.

Dejadles pasar... que si mañana descenden del empleo, rotas las alas y frio el corazon, tiempo tienen para maldecir su desventura y llorar su amor.

Después del Campo, los salones del Casino, después de los salones, la mar y los buques ingleses, según es costumbre decirlo ahora.

El Casino dió un concierto, según dicen, y los socios de la Tertulia probaron cierta luz, verde como la esperanza.

Yo no oí la música del primero, mas vi la luz de los segundos.

Oh! a su reflejo las mujeres parecían esmeraldas de gran valor!

Ya se sabe cuanto las favorece la media luz, esa luz vaga que ocultando todo lo que es feo realza indefinidamente su hermosura de una manera misteriosa, provocativa, sensual...

Usted me comprende aún cuando yo no me explique muy bien.

La malicia es madre de la suspicacia.
Y usted es muy malicioso, lector del alma.
Lo conozco en esa sonrisa imperceptible que frunce su vigote.
¡Vaya si lo es!

El concierto, como todas las cosas agradables, fué de corta duración.

Fué un sueño, y con eso está dicho todo. Sueño de oro sin duda alguna, que no puede apreciarse en menos, cosas de tanto precio.

¡Ah! que hermoso metal!

Otra vez han vuelto a visitarnos los ingleses.

¡Son tan amables!

Caminan como cuatro, pisan como seis, y beben como cincuenta.

Por eso son la *felicidad* andando. Ellos no suspiran por ninguna niña, no ponen los ojos en blanco, no se rinden a ningún corazon, y según la firme sequedad de sus palabras, creo que están *blindados* para el amor, como sus barcos.

Pescan, cazan, comen, fuman, pintan y juegan a la pelota, según su uso y manera, y cuando en esta tierra no se sirve para mas cosas, es lo mismo que no servir para nada.

Para que se han hecho los Casinos, sino para vivir en ellos la mayor parte de día, discutiendo sobre el ministro A ó B, pintando la política de este ó el otro país con colores terroríficos? Jugar mucho, leer mucho también *El Pueblo* ó *el Siglo Futuro*, fumar tabaco de contrabando, volver locos a los mozos con las campanillas y salir a los balcones fingiendo amor a las vecinas, esa es la vida. . la vida es esa.

Todo lo demás es *curse*, y de poco bis.

Hombre; ni que fuéramos gastos.

Ustedes ignoran, que la tarde del Jueves estuvo a punto de ser una gran tarde.

Así como lo oyen.

Una tarde de música y paseo.

Tocó la charanga del batallón.

Y algunas pollitas, muy pocas, bajaron a la Alameda.

Mas la cosa no pasó de ahí.

El viento lo impidió todo.

Parecía el mes de Enero... ¡qué frío!

Yo estaba helado.

Ningunos ojos picarescos encendían fuego en mi pecho.

¡Qué rareza! Yo que los amo todos... cuando son bellos.

Yo, que los sigo impertérrito en sus evoluciones; yo que creo a piés juntitos con Stendhal que se puede decir todo con una mirada, y sin embargo, una mirada puede ser negada siempre porque no puede ser repetida testualmente.

Ah!

Creía de buena fé que era verdad, mucha verdad, esta preciosa canción inglesa:

Hands were made to squeeze;

Lips were made to kiss;

Women were made men's hearts to break

And men were made to do all they please.

Peró me equivoqué, y ustedes saben que el reino de los cielos es de los *desengaños*.

Entre ellos se cuenta hasta otro día

X.

EL MUCHACHO Y EL GATO.

FÁBULA.

Corriendo cierto rapaz, de alma dura y genio altivo, tras de un gato inofensivo a quien no dejaba en paz, le descargó un golpe fiero, y, herido el pobre animal, dió un brinco, y saltó ligero por encima de un zarzal.

El muchacho se indignó: y para ganar camino quiso salvar el espino, pero el espino le hirió.

Creció entonces su furor, maldijo al pícaro arbusto, y pateó de disgusto, y dió gritos de dolor.

Al mirarle así burlado, su madre desde el balcon dijo:—Por mal corazon te está muy bien empleado: y pues te ha irritado así ese castigo oportuno, no quieras para ninguno lo que no te agrade a tí.

F. JACINTO SALA.

ILUSION Y DESENGAÑO.

Siempre hermosa, cruzabas de la vida
La senda del amor,
Olvidando que el mundo solo anida
Ensueño embriagador.

Falaz el tiempo destruyó tu encanto
Con sin igual porfía;
Y aquellas gracias que brillaron tanto
Yacen sin lozania.

Herido el corazon para tu daño
Por fieros sinsabores;
Solo queda a tu triste desengaño
Que arrepentida llores.

FRANCISCO CAÑAS.

A UNA JARDINERA.

Jardinera agraciadita,
La del hermoso mirar,
Por tí mi pecho se agita
Y el corazon precipita
Sus latidos sin cesar.

Deja un momento las flores
Y escúchame por favor,
Paloma de mis amores,
Y sabrás los sinsabores
Que me ocasiona tu amor.

Por verte, señora mía,
¿No has visto con cuanto afan
Paso las horas del día
En la mayor agonía
Que pudo hallarse galan?

Y ni en la noche callada
Tranquilo puedo dormir,
Pues tu imagen adorada
La tengo en mí tan grabada
Que no me deja vivir.

Del sol, la lluvia y el viento
Sufriendo estoy el rigor
Sin sentir mi sufrimiento,
Pues vislumbro en mi tormento
El oasis de tu amor.

Escucha, hermosa, mi ruego;
Calma, calma mi sufrir,
Y pues lo manda el Dios ciego
Dame tu amor que es el riego
Que puede hacerme vivir.

Deja tu jardin y vente
Tendrás, hermosa mujer,
En mi cariño naciente,
De mi amor como presente
Mil flores donde escoger.

J. D. M.